

TRINCHERA



AÑO 1 / NÚMERO 1 / 31 OCTUBRE 2021

ESPECIAL DÍA DE MUERTOS

Vanitas: bodegones de muerte y vida Página 5

El cantar de la muerte Página 18

En la casa de los muertos Página 17

María Magdalena y las muertas Página 22

Nos dedicamos a expresar nuestra
opinión de una manera realista,
objetiva y veraz.



www.lfmopinion.com





Obra: Degenerete

Autor: Luis Rodrigo
Fariás Cuevas

Instagram: @grifo_nt

DIRECTORIO

DIRECCIÓN

Luis Fariás Mackey

EDITORA

Dulce González Pérez

REDACCIÓN Y CORRECCIÓN DE ESTILO

José Francisco Cirigo

DISEÑO

Rodrigo Suárez Estévez

COLABORADORES

Ali Carrera

Guillermo Dellamary

Arturo Martínez Caceres

Manuel Pereyra

Publicación semanal editada
por Imperium Media Group
S.A. de C.V.

Correo electrónico:
jefaturaderedacción@
imperiummediagroup.com

No. de Reserva de derechos
al uso exclusivo en trámite.
ISSN: en trámite.

Este semanario no cobra a sus
autores por publicar.

La opinión expresada en
los artículos firmados es
responsabilidad del autor.

No se autoriza la reproducción
total o parcial de los contenidos

CONTENIDO



VANITAS: BODEGONES DE MUERTE Y VIDA 5

Por Ali Carrera

TRISTE NIÑO GRIS 7

Por Francisco Cirigo

LA MUERTE DE UNA MASCOTA: LUTO Y DOLOR INCOMPRENDIDO 8

Por Dulce González

SOMBRAS INCONTABLES: LA VERDADERA HERENCIA DEL LUTO 12

Por Francisco Cirigo

EN LA CASA DE LOS MUERTOS 17

Por Manuel Pereyra

EL CANTAR A LA MUERTE 18

Por Guillermo Dellamary

OCOTE 20

Por Francisco Cirigo

MARÍA MAGDALENA Y LAS MUERTAS 22

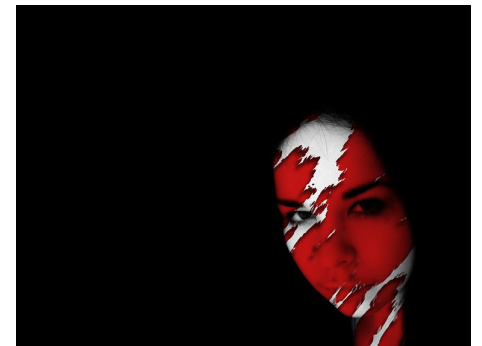
Por Arturo Martínez Caceres

MÉXICO Y LA MUERTE 24

Por Dulce González

PREMONICIONES 26

Por Luis Fariás



Editorial

Vivir es un morir a cada instante. De hecho, para subsistir algo de nosotros muere momento a momento: las células, el oxígeno que se transforma de dióxido de carbono, la piel que constantemente se renueva, el tiempo que se nos escurre de entre las manos, los seres queridos que nos abandonan.

Somos seres finitos. Nacemos para morir. Es lo único seguro que tenemos cuando nos arrojan a este mundo.

La muerte es nuestra permanente compañera. Aunque siempre nos parezca tan lejana y cruel.

En política se dice que lo más difícil de aprender es dejar de ser.

Cuando ser y no ser son una y la misma cosa en un mundo de finitud como el de los humanos. Hoy soy, pero para ser mañana, tengo que dejar de ser lo que soy hoy.

Pero nuestra arrogancia nos hace creernos infinitos y universales:

“En un apartado rincón del universo, que centellea desperdigado en innumerables sistemas solares —nos dice Nietzsche—, hubo una vez un astro en el que unos animales astutos inventaron el conocer. Fue el minuto más arrogante y mentiroso de la <<historia universal>>: pero, al final de cuentas, fue solo un minuto. Después de que la naturaleza respirara unas pocas veces, el astro se heló y los animales astutos tuvieron que perecer. — Podría inventarse una fábula como ésta y, sin embargo, no se habría ilustrado suficientemente cuán lamentable, cuán sombría y caduca, cuán inútil y arbitraria es la presencia del intelecto humano en la naturaleza; hubo eternidades en las que no existió y cuando de nuevo desaparezca, no habrá sucedido nada. Pues ese intelecto no tiene misión alguna fuera de la vida humana. Es algo humano y solo su poseedor y progenitor lo toma tan patéticamente como si en él girasen los goznes del mundo”.

Y tiene razón Nietzsche de cara a un infinito infinito.

Por eso los hombres pecamos de “egeptisismo”, ese deseo de conquistar el “por siempre”, así sea hechos momias. Y en lugar de vivir el instante a plenitud buscamos “egeptizarlo” para siempre. Momificarlo.

Por eso, la muerte se nos cuela de mil y un maneras. En México en su caricaturización en catrinas, versificaciones y borracheras disfrazadas en duelo. Jugamos con la muerte, porque no queremos aceptar que somos juguete de ella.

Nuevamente es Nietzsche quien nos dice que no hay que prepararse para vivir, sino para morir.

Desgraciadamente las más de las veces nadie escoge su muerte, aunque si la construye con la forma de vida que lleva.

Hoy, en este día de muertos, como todos los días, muero un poco con ustedes y ustedes conmigo, que sobrevivir es, de alguna manera, morir un poco para renacer y reinventarnos a cada instante.

El caos, lo sabemos de los antiguos, es posibilidad, pero hay que adentrarse en él, como el sol en la noche y Zaratustra en su abismo y en su ocaso, para poder renacer de nuevo cada mañana.

No obstante, quien se abisma en el caos para no renacer otro a cada momento, sino para persistir en lo ya de él muerto, está más muerto que las piedras.

Luis Fariñas

Vanitas: bodegones de muerte y vida

Por Ali Carrera

Todos seguramente en algún momento de nuestras vidas nos hemos parado frente a un bodegón, al que también se le conoce como *naturaleza muerta* y que en el arte se refiere a una representación pictórica de objetos inanimados como jarrones, libros, frutas, flores o panes, entre otras cosas, acomodados de cierta manera sobre una superficie.

Dentro de este género artístico se encuentra la **vanitas**, una especie de variante del bodegón con gran carga simbólica y cuyo nombre se deriva de la frase en latín: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas* (vanidad de vanidades y todo es vanidad) contenida en el Libro del Eclesiastés.

La **vanitas** tuvo especial florecimiento en el siglo XVII durante la época del barroco, sobre todo en los Países Bajos. Este tipo de representación artística busca transmitir un mensaje a través de los objetos que muestra y que es el **recordarnos que todos hemos de morir**, idea expresada también en la frase en latín *memento mori* (recuerda que morirás).

La idea de vanidad en estos bodegones se refiere más a lo efímero, vano o insignificante que a lo soberbio o al orgullo. Cráneos, relojes de arena, flores marchitas, velas que se extinguen o frutas podridas nos recuerdan lo fugaz de la existencia y lo inútil de las cosas superficiales ante la certeza de la muerte.

María van Oosterwijk (1630-1693) fue una mujer holandesa que destacó dentro de este género; ella, por ejemplo, a través de la representación de joyas nos habla sobre lo infructuoso de la acumulación de la riqueza mientras que **Hendrick Andriessen** (1607-1655), artista belga, lo hace con burbujas y un globo terráqueo para recordarnos lo frágil y breve de nuestro paso por la Tierra o lo inútil y transitorio del poder mediante la representación de una corona.

Incluso el conocimiento y la intelectualidad son representados a través de libros y cráneos como algo mundano y temporal.

Que las **vanitas** y estos días de muertos nos ayuden a recordar y revivir el significado de otra sabia y famosa frase en latín: *carpe diem* (aprovecha el día). Disfrutemos el momento, el aquí y el ahora, con nuestros vivos.



André Derain, María van Oosterwijk, Vanitas naturaleza muerta con girasol, ca. 1670-1680. Colección privada, 1904.



André Derain, Hendrick Andriessen, Vanitas naturaleza muerta, ca. 1650. Mount Holyoke College Art Museum. Foto: Petegorsky-Gipe, 1904.



André Derain, Jacques Linard, Vanitas, ca. 1640-1645. Museo del Prado, 1904.



¿Estas esperando

ESCAPARTE?

Vive el turismo con nosotros.



Triste niño gris

Por Francisco Cirigo

Se fue. Abrió siete veces su hocico hiperventilado, buscando cachar un poco de aire. Fue inútil. Los ojos se le botaron y en un último espasmo estiró las piernas dolorosamente para quienes lo vimos. De alguna forma se las arregló para tornar aquella luz cegadora y salvaje de la clínica veterinaria en una niebla borrosa y espesa por las lágrimas. El cuadro, insoportable por su naturaleza, nos recordaba nuestra fragilidad. La de todos, hombres y animales.

Fuiste una criatura feliz mientras "viviste" y no me refiero a todas esas tardes de consultas, chequeos e inyecciones, sino a cuando viviste. Un escaso tiempo de calidad diría yo, demasiado breve. Niño gris y rizado. De verdad te amamos. Incluso cuando te sacudías involuntariamente, tristemente.

Me avergüenza reconocer que en algún momento pensamos en abandonarte. Era demasiada la presión y el cansancio, pero luego tus ojos llenos de confusión y miedo. Miedo de todo y a todos. Bastaba verlos para acobardarnos y llenar nuestras almas de amargura y arrepentimiento.

Decidimos luchar porque lo creímos adecuado. Como cuando uno camina por una vereda escabrosa y simplemente sigue. Tu apetito no mermó por largo tiempo y eso nos animaba, pero llegaban las crisis y las sacudidas y la espuma en la boca y otra vez esos ojos desconcertados. Nos decían que en esos ratos perdías la consciencia y nada sentías, pero lo cierto era que no sabíamos. No sabíamos.

Los primeros días fueron por mucho los peores. Chillabas con un sonido tan agudo y lastimero, como finos hilos de hielo chocando uno contra el otro. Tras la convulsión venía la respiración agitada, como si tu pecho marcara el compás de una oda insoportable. Y luego la calma, una angustiante calma, del tipo que precede a la miseria. No la soportaba, por momentos hubiera preferido que

reventaras en un último aullido y que tu corazón se cansase de una vez por todas, pero ahora que nunca más te escucharé.

No borró los mejores momentos, aunque es difícil evocarlos ahora. Como las mañanas cuando estirando la mano lo primero que alcanzaba era tu suave pelo o las correteadas por toda la casa. Los juegos sin fin e inútiles en su propósito, como todas esas cosas que tanto complacen por banales pero ciertas. El mejor recuerdo: que en mis peores horas sólo tú me encontrases grato.

Y no perdías esas ganas. Una fuerza que ya muchos de nosotros, quejumbrosos por la existencia misma, quisiéramos. Creyendo que al menos te debíamos (yo te debía) unos últimos días de confort, intentamos hacerlos buenos y sabrosos. ¿A poco no te gustó todo ese caldo de pollo con arroz blanco? Sin duda, pocas veces vi relamerse de tanta dicha a alguien por un estofado. Te subestimamos, porque esos días se volvieron semanas y luego meses. Ahora que lo pienso, no fue la peor convalecencia, pero todavía siento que no pude saldar esa deuda. Por egoísmo aplacé tu agonía y no estoy seguro si incluso tu mente mínima y amorosa lo perdonaría.

Escribo estas líneas porque no se me ocurre que más hacer mientras yaces allí, con la mirada perdida, envuelto en una sábana sucia, esperando una resolución. Fui testigo de las siete efímeras bocanadas y del rictus final de tu abandono. Aún así, espero que valgan estas palabras para que sepas lo mucho que me hiciste feliz. Uno nunca sabe que puede querer tanto a un perro, quizá porque en nuestro egoísmo y vanidad como humanos somos profundamente estúpidos.

Descansa amigo y perdóname por no haber podido hacer más que mirarte. Nunca te merecí. Ya nos veremos.

La muerte de una mascota: luto y dolor incomprensido

Por Dulce González

En memoria de Durc, Danug, Darsec, Smolly y Kratos.

El tema de la muerte es ya de por sí difícil para algunos, pero cuando hablamos de la muerte de una mascota es controvertido e incomprensido.

Los expertos señalan que **el dolor por la pérdida de una mascota puede ser tan intenso como el de una persona**, pero que tiende a ocultarse porque es poco comprensible para parte de la sociedad.

“Cuando supe que estaba enfermo de ataxia y que era una enfermedad impredecible también supe que en algún momento la muerte llegaría tarde o temprano. No imaginé lo que iba a sentir con su muerte, sabía que no era fácil, pero nunca pensé el dolor que sentiría con su ausencia”.

Muchos pensarán que se trata del relato de la sesión de un paciente hablando sobre la pérdida de un familiar, y es que para muchos es incomprensible que la gente se derrumbe por la pérdida de un perro o gato, pero sí, **en parte es cierto que se refiere a la pérdida de alguien de su familia: su mascota.**

Y es que el dolor de la pérdida de un animal es real, duele tanto como perder a un familiar, sin embargo, mientras que para algunos representa un duelo emocional difícil, para otros la idea es que “es solo un animal”, que más allá de entender lo que sucede a quien pierde a su mascota **invalida sus sentimientos.**



Según un estudio del Departamento de Ciencias Animales de la Universidad de Hawái (Estados Unidos), el 30% de los dueños sienten dolor seis meses o más, mientras que para un 12% supone un suceso muy traumático en sus vidas.

“Sacrificarlos es dolorosísimo, debido a los sentimientos de culpa por tomar decisiones tremendas y a las imágenes angustiosas que debemos presenciar. Mientras que cuando es repentina, por ejemplo, un atropello, no te puedes preparar y te quedas en estado de shock”, relata quien ha perdido a su mascota de esta manera.

También está la situación por la que se pasa cuando el animal muere en casa. Por un lado, tiene efectos positivos para el perro o gato porque está en un entorno conocido y familiar donde recibe cariño, y por el otro, te puedes despedir de él. Pero no siempre es fácil, por lo que aparece el dilema de si quieres enfrentarte a esta situación o si prefieres que otro ‘resuelva el problema’ porque para ti es imposible a nivel emocional.

Pero enfoquémonos en explicar qué es el duelo.

El duelo es un proceso que se experimenta ante una pérdida significativa. Por tanto, es una respuesta normal ante la pérdida física, psicológica, de muerte, ruptura, siempre que sea significativa para la persona. Es decir, la persona que experimenta la muerte de una mascota vive un proceso de duelo porque para ella no solo se pierde un animal, sino un ser con el que se había desarrollado un vínculo afectivo intenso.

A partir de este primer punto podemos afirmar que hay quien minimiza y hasta niega la existencia del vínculo que se crea cuando se vive con un animal; **el afecto, la confianza y la alegría no son ficticios**, se interactúa y está científicamente comprobado que el vínculo con los animales ayuda a los seres humanos a enfrentar otros duelos, a disminuir el estrés, la tensión arterial y la frecuencia cardíaca. No sólo eso, los estudios constatan que esa compañía mejora los niveles de las hormonas asociadas al bienestar y ayuda a que aumente nuestra autoestima. Las mascotas proveen de apoyo, de un amor y lealtad incondicional que difícilmente es equiparable en los humanos.

Y es que cuando se tiene mascota, la vida se organiza tomando en cuenta su presencia, sus horarios de comida, de paseos, de cambio de agua, de visitas veterinarias. Cuando muere esa rutina se ve rota, se produce una desorganización que genera incertidumbre, pero sobre todo sentimientos de tristeza y de dolor que va a asociado no solo a lo que se pierde, sino a la relación que se ha establecido.

Y es que para muchos a pesar de los avances que hay sobre la concientización animal niegan la existencia del vínculo y por lo tanto del duelo. Entonces oímos frases tales como: “¿Aún estás así? Ya tendrías que haberlo superado”; “No llores más, no era para tanto”; “No te preocupes, no entiendo que estés así por eso”; “¿Vas a guardar sus cenizas? Me parece exagerado”.

*Llorar la
pérdida, no
se deben
reprimir los
sentimientos
por sentirte
juzgado. Al
fin y al cabo,
es un ser
querido que
se va y deja
un enorme
vacío.*

Casi todos los que han sufrido la muerte de una mascota han recibido este tipo de comentarios haciéndolos sentir incomprensidos, rechazados. No hay lógica en esta actitud, está demostrado que la muerte de una mascota puede ser tan impactante como la muerte de una persona.

Y es que al final la respuesta social es distinta. Una gran mayoría no le da la importancia a la muerte animal con el apoyo y respeto que merece que, al final, ayuda a encontrar una forma de adaptarse al duelo.

Al final el duelo se supera, pero el proceso es lento y a su dolor se suma esa sensación de que, al ser un animal y no un humano, **no tiene derecho a vivir la pena de manera tan intensa**. Es, como señalan algunos expertos, un duelo ilegítimo, prohibido. "Cuando un animal fallece deja un gran vacío que, a veces, es poco comprensible para la sociedad en la que vivimos"

Entre las recomendaciones específicas para este tipo de pérdidas, los expertos destacan:

- Llorar la pérdida, no se deben reprimir los sentimientos por sentirte juzgado. Al fin y al cabo, es un ser querido que se va y deja un enorme vacío.
- Llevar a cabo algún ritual de despedida que permita iniciar ese duelo.
- Dejar un espacio en la casa, como recuerdo, colocar fotos para que, de alguna manera, siga estando presente.
- Esperar el momento adecuado para integrar a otra mascota, evitando también las semejanzas físicas o ponerle el mismo nombre.
- No ocultar el duelo. Es necesario pasarlo y buscar apoyo en ese proceso.

Las mascotas nos enseñan el valor de la vida. También nos enseñan lo duro que es aceptar la muerte.



ARRACHERAS
LOS GALLOS
100%
AL GRILL
SOLO SERVICIO PARA LLEVAR

CMB
COLEGIO MEXICO

PASEO ACOXPA

Sábados y domingos a partir del 16 de octubre **estaremos desde las 13:00 hrs sobre calz. Acoxpa.**

Como referencia estaremos pasando paseo Acoxpa sobre la barda del Colegio México en dirección al Estadio Azteca.



—(NEC MORTALE SONANS.)—

Sombras incontables: la verdadera herencia del luto

Por Francisco Cirigo

“Triste es el domingo, mis horas son de insomnio. Cariño, las sombras con las que vivo son incontables”, así canta la desolación encarnada que fue Billie Holiday en “Gloomy Sunday”, canción donde lo lúgubre y lo trágico son temas que invaden las entrañas y el corazón del escucha.

Apenas comienza el tema y nos percatamos del origen de la melancolía: “Pequeñas flores blancas no te despertarán jamás, no a donde te ha llevado la carroza fúnebre del dolor”. La devastación que deja la pérdida de un ser amado se puede reflejar en innumerables circunstancias y una de las más observables, y no pocas veces de las más ignoradas, es **el apego que puede surgir hacia un objeto que represente al fallecido**.

Se dice que el apego desde un punto de vista psicológico es un vínculo de carácter emocional, íntimo, importante y profundo que establecen las personas con alguien o algo y con el cuál tienen una relación de calidad. También se dice que este apego es una parte importante en el desarrollo de todo ser humano y se relaciona con el sentido de sobrevivencia.

De acuerdo con el artículo Tanatología: Muerte, pérdidas y duelo de la doctora Marcela Esmeralda De La Torre, **existe una base biológica firme que asegura la existencia del apego desde temprana edad** como un modo de vivir cuidados y protegidos. Es decir, que el apego no es necesariamente una condición negativa siempre y cuando exista un adecuado proceso psicológico detrás: “El apego no es malo, sino el manejo y la dependencia que se crea a partir de él, el creer que sin la fuente de apego no podemos ser felices, es decir al significado que le damos al mismo”.



“Los ángeles no piensan devolverte, ¿crees que se enojen si pienso en reunirnos?”

Manuel Cardona Salazar tiene 65 años, es soltero y vivió con su madre Leandra Salazar Olmos hasta el día en que ella falleció a los 83 años de edad, tras pasar cerca de un mes en agonía por una caída.

A pesar de ser parte de ocho hermanos (incluido su medio hermano Alfonso Chávez Salazar, fallecido a los 68 años y cuyo caso retomaré más adelante), Manuel fue el principal encargado de la manutención y cuidado de Leandra y fue el hermano que resintió con mayor dureza el golpe. El apego que tenía Manuel hacia su madre se trasladó a los objetos de su cotidianidad: ropa, juguetes que ella guardaba e incluso cabello que encontró por toda la casa. **Durante las noches y por varias semanas acomodaba almohadas y cobijas en la cama donde ella solía dormir para simular su presencia.**

Leandra padeció diabetes y artritis, enfermedades que exacerbaban su de por sí fuerte carácter y la hacían parecer seria y temible frente a sus nietos más jóvenes; sin embargo, esta misma dureza en su temperamento era lo que la caracterizaba y hacía ganarse el amor y respeto de su familia: “Aunque por fuera se veía que siempre estaba de malas, la verdad es que era una viejita amorosa, siempre preocupada por sus hijos y nietos”, nos plática Manuel con la voz quebrada por el recuerdo de su madre.

La hecatombe de Alejandra comenzó con la muerte de su hijo mayor, Alfonso, quien, después de verse disminuido por una enfermedad neurodegenerativa, murió a causa de múltiples llagas en el cuerpo, efecto de permanecer postrado por prolongados periodos. Los pleitos subsecuentes entre Leandra y su nuera evitaron que pudiera quedarse con alguno de los bienes materiales de Alfonso. Lo único que consiguió fue una foto de él tomada durante su juventud. Leandra atesoró con vehemencia el pequeño recuerdo y lo colocó en un mueble frente a una ventana donde solía pasar horas mirándolo, hablándole. Manuel relata que frecuentemente la escuchaba decir entre lágrimas “llévame contigo, ya no quiero vivir”.

Yetsi Muñoz Sherling es licenciada en Psicopedagogía por el **Instituto Mexicano de Psicooncología** y tiene una maestría en Tanatología por parte del mismo instituto. Tiene gran experiencia en el campo de la terapia y ostenta un diplomado en psicoterapia Gestalt en el manejo y resolución de duelo. Ella misma ha sido víctima de una pérdida significativa: la muerte de una hermana.

Yetsi nos dice que el proceso de duelo necesariamente viene acompañado de mucho dolor, pero que existe una diferencia fundamental entre éste y el sufrimiento y que de no ser tratado corre el riesgo de tornarse físico: “El dolor puede durar toda la vida, el problema es cuando viene el sufrimiento, pues de no involucrar un proceso tanatológico se puede somatizar”.

La depresión de Leandra repercutió directamente en sus propios males. Perdió el apetito, se volvió huraña y su artritis se agravó con rapidez. La anciana jamás recibió un tratamiento psicoterapéutico por la muerte de Alfonso. Una tarde, mientras salía del baño, intentó apoyarse en una mesa y resbaló. Se rompió la pierna izquierda. En el momento del accidente, Leandra se encontraba sola en su casa y tardó en recibir ayuda largos minutos. Fue hospitalizada en una clínica particular en el municipio de Ecatepec, Estado de México, donde se le realizó una operación para implantarle una prótesis. **Murió un mes más tarde.**

Manuel guarda en una vitrina las cenizas de su madre y de su hermano Alfonso, además de sus fotografías. No ha recibido terapia tanatológica o psicológica de ningún tipo. Cabe señalar que desarrolló una hernia diatal, malestar que afecta su esófago y le provoca problemas tanto estomacales como respiratorios. Además, sufre de sinusitis. Dice que hay días que no puede respirar y que el mal aumentó su intensidad después de la muerte de su madre.

“No dejes que lloren. Diles que estoy contenta por irme”

Gustavo Sanabria Castro es un carpintero que vive en la colonia Aquiles Serdán de la delegación Venustiano Carranza en la Ciudad de México. Él perdió en enero a su hijo mayor Michel Sanabria a causa de cirrosis hepática. Tenía 24 años de edad cuando la enfermedad reclamó la existencia de su primogénito en una camilla del Hospital General de México. Los sobrevivientes de la tragedia son sus padres, su esposa Elizabeth y su hijo Iker de cuatro años. No hubo mucho entre las pertenencias de Michel que pudiera considerarse en términos económicos una herencia. La mayoría de las cosas de valor se perdieron en casas de empeño para poder solventar gastos de hospital y medicamentos. No hubo divergencias en cuanto al reparto de sus bienes.

El último año de la vida de Michel lo pasó en compañía de Gustavo y ahí quedaron finalmente sus pertenencias: **ropa variada y una pulsera de hilo**. Objetos de apego que Gustavo considera esenciales y de los cuáles no piensa deshacerse: “Lo que más valoro es la muda que me dieron en el hospital porque fue la última ropa que uso. Era un pants, una camisa blanca con azul claro y una sudadera color vino.

El psicólogo Martin H. Smud en su libro *Sobre duelos, enlutados y duelistas* (Lumen, 2000) señala que anteriormente, en la época donde los enfermos terminales no tenían la opción de pasar sus últimos instantes en una sala médica, saturados con tubos o en reanimación intensiva, había tiempo de una despedida digna rodeado de gente querida: “Era la época donde escuchar las últimas palabras era muy importante”, señala. **Gustavo Sanabria no presenció los últimos momentos de su hijo**. Encontramos una fuerte analogía entre el valor que le da a la muda que vestía Michel al momento de su muerte y el papel de las palabras finales que exhibe Smud en su texto.

“La muerte no es un sueño, porque con ella puedo acariciarte”

La ausencia de referencias académicas (léase trabajos estructurados alrededor de dicho fenómeno) respecto al apego que tienen los familiares de un fallecido con algún objeto perteneciente a este es de notable interés. En la cultura se hallan todo tipo de situaciones donde dicho fenómeno no sólo es visible, sino remarcable.

Uno de los más célebres se encuentra en la literatura, específicamente en la obra *El amor en los tiempos del cólera* del colombiano Gabriel García Márquez. En esta historia se detalla cómo uno de los personajes principales encuentra el dolor de su pérdida cuando se topa de frente con las posesiones, en apariencia insignificantes, pero altamente reconocibles por el uso, de su difunto esposo:

Nunca, hasta este momento, había tenido consciencia plena del peso y el tamaño del drama que ella misma había provocado cuando apenas tenía dieciocho años y que había de perseguirla hasta la muerte. Lloró por primera vez desde la tarde del desastre, sin testigos, que era su único modo de llorar, lloró por la muerte del marido, por su soledad y su rabia, y cuando entró en el dormitorio vacío lloró por ella misma, porque muy pocas veces había dormida sola en esa cama desde que dejó de ser virgen. Todo lo que fue del esposo le atizaba el llanto: las pantuflas de borlas, la pijama debajo de la almohada, el espacio sin él en la luna del tocador, su olor personal en su propia piel. La estremeció un pensamiento vago: “La gente que uno quiere debería morir con todas sus cosas”

Yetsi Muñoz considera que para sobrellevar adecuadamente el proceso tanatológico **es necesario señalar las connotaciones que conllevan el duelo**.

La primera connotación sustancial y a la vez una diferencia es que **en nuestra cultura se relacionan de manera automática al nacimiento con la alegría y al luto con la tristeza**. Es decir, la muerte arrastra

simbolismos que consideramos siniestros y por lo tanto los evitamos, amén de la incertidumbre que viene fatalmente implícita. El miedo a lo desconocido es un rasgo primigenio en toda la historia de la cultura humana y quizá la de mayor abolengo hasta nuestros días.

Respecto a la frase más significativa en la novela de García Márquez, Yetsi Muñoz comenta: “Los muertos sí se mueren con todas sus cosas y se van con sus errores, con sus títulos. Somos los vivos los que atribuimos a los objetos valores y características vivas que no les pertenecen, por más valiosos que estos hayan sido para nuestro difunto”. La tanatóloga da al clavo de manera casi intuitiva: **la personificación de los objetos.**

María Teodora Ortiz es una mujer joven oriunda de Mexcalteco, perteneciente al municipio de Altotonga, Veracruz, una población rural, pequeña y marginal. Perdió a su padre cuando ella era una adolescente. Actualmente tiene 38 años de edad y goza de paz mental y espiritual gracias a la tanatología. Recibió terapia cumplidos los veinte y aunque no recuerda exactamente cuáles fueron las circunstancias concretas que la orillaron a recibir ayuda, sabe que el duelo por la pérdida de su padre fue un proceso largo y tortuoso, además de extraño: “Tardé mucho tiempo en asimilar la noticia. Simplemente no podía creer lo que pasaba y tampoco podía expresar mi sentir como me hubiese gustado. Sentí mucha culpa por no poder mostrar mi pesar, por ser incrédula, pero no podía llorar. Fue como si estuviese seca en ese momento.”

María Teodora padeció lo que la profesora, trabajadora social y psicóloga Ana María Ospina Velasco define como **“duelo retardado”**. En su texto Cuando muere un ser amado (Universidad del Valle, 2014), nos habla de la existencia de un tipo de duelo que puede ser pospuesto y que es consecuencia del enorme shock que provoca la noticia y de la incredulidad del doliente. Como fue el caso de María Teodora, la culpa y el autorreproche fueron sensaciones inevitables debidas a circunstancias y rasgos culturales. Es decir, ella que fue criada en un contexto católico de sufrimiento y veneración hacia los difuntos, además de sentirse juzgada por los habitantes de su comunidad altamente tradicional, hermética y pequeña, sentía gran culpa por no poder representar su duelo de la manera en que le habían inculcado.

Lo que esta persona hizo para compensar de una u otra forma su luto retardado fue personificar a su padre en la ropa y herramientas de trabajo que él usaba. Fue así como una camisa y un machete se convirtieron en símbolos de gran importancia para ella: “Eran cosas que caracterizaron a mi papá y cada vez que los veía y que los tocaba sufría intensamente. Pero después de comenzar mi terapia y de seguir ciertas indicaciones me decidí a arrancar esos signos de mi vida. Por supuesto me deshice de las cosas de mi papá, eso ayudó mucho, dejé de sufrir”.

Como terapeuta y tanatóloga, Yetsi **recomienda a sus pacientes deshacerse de todo aquello perteneciente o vinculable con el difunto** que les provoque sufrimiento: “Hay que quitar signos, quitar ropa, en el caso del catolicismo quitar los moños negros, quitar las cruces. En la casa mover los muebles, pintar las paredes para ayudar a las personas y así agilizar su luto. Lo que no nos permite avanzar en un duelo son los signos que se asocian con el muerto. Es necesario hacer un historial clínico donde se muestre cuál es su religión, tipo de familia, falta de fe, hay que considerar todo tipo de situaciones y adecuarse a ellas”.

La significancia que puede obtener una cosa no sólo se sustenta en el recuerdo llano del ser amado, muchas veces es el significado de éste. Yetsi Muñoz es concisa en lo que se refiere a la simbología detrás de una herencia: “La tanatología se refiere a todo tipo de pérdidas, no es exclusiva de la muerte a pesar del gran peso que conlleva en esta disciplina. El caso de los objetos es complejo, pues no se trata del material en sí, sino que es su significado lo que lo ata al duelista”.

“Soñando, sólo estaba soñando. Despierto y me doy cuenta que duermes en lo profundo de mi corazón”

Estos son algunos casos que, pese a sus diferencias sustanciales, mantienen denominadores comunes: **los objetos y el apego**. En algunos de ellos no ha habido un proceso tanatológico de por medio y es evidente que esto ha afectado la vida de los dolientes, tanto a nivel mental y espiritual, como en el apartado fisiológico. La misma Yetsi Muñoz, aún en su rol de experta, describe en carne propia lo que ella considera un adecuado proceso de duelo y el tratamiento que se le debe de dar al significado de los objetos: “Esta taza es de mi hermana, la veo, me acuerdo y **me duele, pero no sufro**, Sé que ella me dio esto, pero ella no es esto. La extraño, pero no hay sufrimiento. La llevo en mi vida, no a mi vida. Ese es el desapego, un ejercicio de madurez”.

Mario Pérez Zuviri, psicólogo y profesor de la Facultad de Psicología en la Universidad Nacional Autónoma de México, nos ayuda a concretar una visión clara en esta diferencia muchas veces imperceptible entre el dolor y el sufrimiento: “La pérdida es algo inherente en la experiencia de vivir y por supuesto que siempre va acompañada de dolor. Sin embargo, es importante señalar que, aunque una persona no puede evitar el dolor por una pérdida, sí puede evitar el sufrimiento, es una opción que ofrece la tanatología. **El duelo es la superación del sufrimiento**. Es decir, superar el dolor para poder vivir con la muerte de nuestros seres queridos”.

“Soñando, sólo estaba soñando. Despierto y me doy cuenta que duermes en lo profundo de mi corazón”, canta Billie Holiday, con su voz áspera, activando el flujo de éter en nuestro cuerpo. La resignación se acerca, nos toca el cabello, el aire en nuestros pulmones es denso. Se siente en las comisuras, en los párpados. De pronto es un aroma cargado de ternura. Vemos esos rostros ausentes y sus momentos de magia, besos, miradas y risas. Siempre es así. Tarde o temprano debemos aprender a ondear nuestras manos: “Cariño, espero que mis sueños no te acechen. Sólo es mi corazón diciéndote cuanto te quise. Triste domingo”.



En la Casa de los Muertos

Por Manuel Pereira

La Habana, 1967.

En la Casa de los Muertos por primera vez tuve entre mis manos la masa gelatinosa de un cerebro humano. Escudriñé cada una de las extrañas circunvoluciones. Yo quería ser neurocirujano, igual que mi primo el Doctor Ramiro Pereira, quien llegó a ser director del Hospital Calixto García. Mi padre me había asignado esa misión. Todo lo que yo había estudiado en voluminosos libros de anatomía estaba físicamente ante mis ojos fascinados. ¡La máscara de piel que cubre nuestro rostro se deslizaba hacia abajo

mostrándome atrocemente lo que somos! Una sonrisa es una lúgubre mueca de sangre. En la Casa de los Muertos ayudaba al patólogo a serruchar cráneos, como si fueran cocos secos. En la Casa de los Muertos descubrí cuán frágil y vana es la diferencia entre la vida y la muerte. Todo el horror gótico se materializó ante mí.

En la Casa de los Muertos descubrí cuán frágil y vana es la diferencia entre la vida y la muerte.

Ser buen escritor no es haber escrito mucho sino haber vivido más.

Yo salía uniformado de recluta, menos la camisa que era una bata blanca de mangas cortas.

Con la cabeza rapada al cero y apestando a formol, me acercaba a la Fuente Luminosa. Yo salía de la Casa de los Muertos y en esa fuente encontraba LA VIDA.

El frescor de los surtidores me revivía, los vibrantes colores me hacían resplandecer, pues a esa hora de la noche yo parecía un zombi.

Yo realizaba prácticas de sanitario con cadáveres en el Instituto de Medicina Legal... cada noche, depositando vísceras en cubos, entre neveras de rígidos fiambres, yo aprendía muuucho ... y moría un poquito. Menos mal que siempre estaba esperándome la Fuente Luminosa.



El cantar a la muerte

Por Guillermo Dellamary

Sacude tu osamenta huesuda, que el titiritero ya viene a jugar contigo en el teatro de los vivos.

Haz que tu cráneo desnudo luzca cómico para hacer reír a los niños que aún no te conocen.

Vístete con harapos deshilachados y desaliñados, que **la fiesta en el cementario va a comenzar.**

Quién fuera como tú, que ya no le temes a la muerte, porque has conocido el Hades y no sufriste ni un rasguño en tu alma.

Levantas el ánimo de los que se burlan de ti y se ríen con tus grotescas muecas de terror. Has dejado el panteón y trasnochas sin las cadenas del tiempo y los apetitos de la carne.

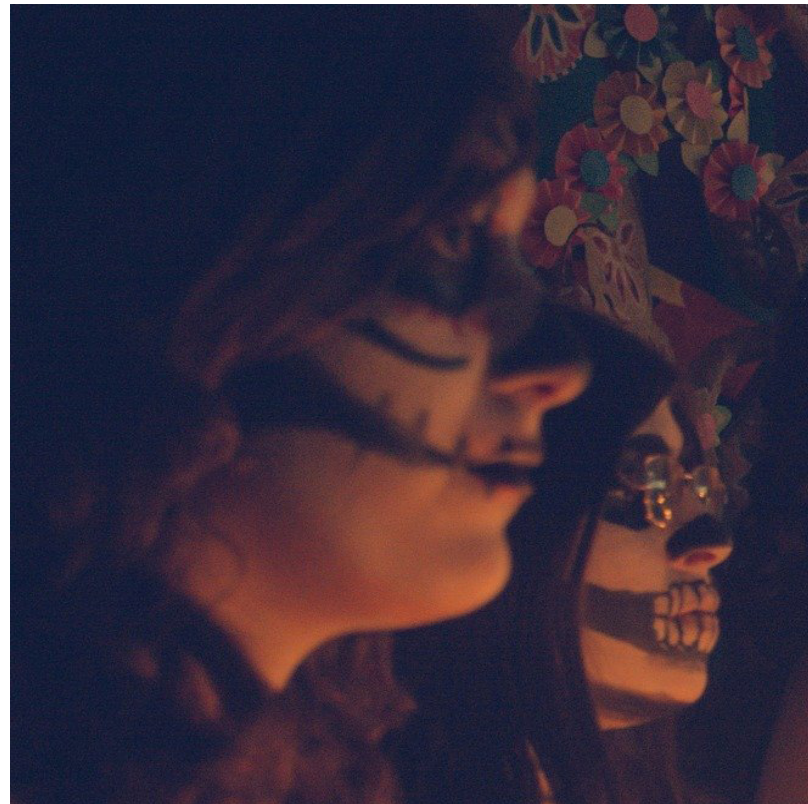
Maniatada a la extinción, aún te diviertes con los incautos que danzan en tu tumba y gozan al compartir bebidas y alimentos de tu preferencia en vida.

Te devoras su aliento, ¡más que los alimentos! Acabas con su esperanza de vida al mostrar la cruda realidad.

Hay quien te llora aún, porque te fuiste sin avisar, no queríamos que te metieras a ser un juglar de la oscuridad y lograste entrar al mundo del más allá.

Oh, muerte querida, **te tengo que abrazar algún día**, aunque no lo quiera. Me conformo con restarle importancia a tu esqueleto bailarín y tu rostro sin expresión.

Festejamos tu retorno, porque has vuelto sin dolor ni sufrimiento. Te mueven los hilos de la imaginación y el deseo de un mundo mejor.



Has mirado el paraíso terrenal y descubriste qué menesteres hay por allá y regresas para contárnoslo; pero no pudimos oír tus cantos ni descifrar tus relatos.

Te alegras de vernos al estrechar nuestros espasmos de inocencia y la lujuria de nuestras fantasías.

Ahora sí ya has visto nuestro corazón valiente y la podredumbre que exhalan los cobardes, sobre todo cuando presumen que no te tienen miedo.

Calaca querida, cuando te busco, no te quiero seguir ni me llames, porque no te voy a obedecer. Sólo déjame verte un rato y aléjate de mí en cuanto despierte de mi pesadilla.

Este pueblo que canta y baila en los cementerios, **finje que no te teme**; pero tampoco te festeja que te hayas llevado a sus padres, hermanos e hijos. Te reprocha el atrevimiento con bebidas y danzas, porque **no quiere tu venganza.**

Una vez al año es suficiente, para festejar tu presencia y alejarte los demás días, sin ni siquiera acordarse de que volverás un día inesperado por nosotros.

Ahora sí te dejo que vivas tu paz eterna, para que me dejes vivir en la paz de mi vida actual, no



perturbes mis escasas alegrías con recordarme tu futura presencia en este valle de lágrimas.

Te dejo ofrendas y recuerdos, para que no te metas en mi vida, que no quiero que decidas cuándo te he de acompañar.

Prometo no tenerte miedo y prepararme para un futuro encuentro, querida huesuda. Para descubrir contigo el **gozo de pasar a mejores momentos** y aligerar la carga de esta tortuosa vida, que tu presencia ha causado en mi familia.

Quédate en el panteón, que seguiré transitando sin ti, bebiendo, cantando y sobre todo **festejando tu deliciosa ausencia**.

Brindo porque nuestra cita sea otro día y ¡no quiero que seas puntual! Además, prefiero que me avises para preparar tu bienvenida. Pues no me gustan las sorpresas sin tener el equipaje preparado.

Ahora sí, aléjate de mí y haz tu tarea con quien le toca hoy acompañarte. Que no te extrañe que no te invite a tomar una copa, ni a orar por mí. Sólo se benevolente y misericordiosa con tu próxima visita y deja un paño de esperanza para mis seres queridos, para que limpien sus lágrimas cuando me lleves contigo.

Descansa en paz, y por ahora déjame en paz, que aún quiero vivir.

Oh, muerte querida, te tengo que abrazar algún día, aunque no lo quiera. Me conformo con restarle importancia a tu esqueleto bailarín y tu rostro sin expresión.



Ocote

Por Francisco Cirigo

La temporada de café trajo abundancia y felicidad. Esa paz que siente la gente de campo cuando puede comer sin remordimientos. Los niños, con sus vasitos de leche Lala y galletas Cuétara, mastican y degluten el cremoso bolo alimenticio, lo saborean despacio, como si entre su inocencia se asomara un halo de incertidumbre. Por eso disfrutaban esta mañana de frío sereno y dos de noviembre, porque **la abundancia es ilusoria y breve.**

Son diez en una casa de **Mexcalteco**. Le dicen casa, porque ahí duermen, pero hoy es un hogar. Aunque a aquella choza sin puertas y con bracero le llamen cocina y a esas obras negras con ventanas de hule cristal les digan cuartos. Son diez en una casa y todos comen bien hoy. Y el más satisfecho es **Andrés**, el padre, figura taciturna, de piel gruesa y morena, curtida por el sol veracruzano; serrano de vida y muerte.

Andrés mira la ofrenda que hace un año prometió levantar. Ahí está el pan de muerto, la botella de

aguardiente y el dulce de calabaza. Reparte lo que hay entre sus ocho hijos y su sonrisa clarea el cuarto. Juana, su mujer, también sonrío: “Mira nomás vieja, qué chulo quedó el altar. Seguro y el año que viene lo levantamos todavía más”.

Andrés habla de los años que vienen, pero quién sabe. Porque años vienen y años se irán, y entre esos están los que se fueron, como el año pasado que se fue mal. Se fue mal porque no hubo ni abundancia, ni felicidad. Estaba el hambre y los hijos, con sus caras y sus juegos y sus bocas. **Todo tan lleno de hambre.** El año pasado, al ocaso del día de los Santos Difuntos, Juana disolvía piloncillo en agua hirviendo con hojas de naranjo. Es lo que había: té de naranjo y tacos de quelite.

Enojado con Dios pero sin decirlo, el campesino come aprisa. Sin importarle lo caliente, se bebe el té de un trago. Piensa en lo bien que le hubiera caído ese calorcito a las matas de café que octubre y las lluvias helaron. Se levanta. Es temprano, pero el tiempo apremia. Los niños más pequeños aún rascan su sueño, consuelo de los hambrientos. Andrés prefiere trabajar desde pronto antes que ver mejillas con jotes y párpados hundidos. Pero es Día de Muertos y Juana lo ataja:

—¿Qué no le vamos a poner nada a los difuntos? —pregunta la mujer.

—No hay cómo —le contesta Andrés— Aparte eso ni existe. No viene naiden pues.

—¿Pero ni una veladora ni nada? ¿Ni pa tus papás?

—Pues ya préndeles un ocote aunque sea —dice él, toma su sombrero, su hacha y se va.

Resignada, Juana va por el leño de ocote y lo pone junto al bracero. A ella le toca lo peor: enfrentar a la chiquillada famélica. Para su suerte, **los mayores han cancelado su infancia y se van a sembrar a las fincas vecinas**, pero los llantos de los más chicos son implacables. Andrés busca entre la maleza. Por horas, las ramas le raspan los brazos y la cara, pero es inútil. Casi todo el café está seco y lo que sirve no llena ni medio costal. Iracundo, suspende la empresa. Mejor se va a cortar leña.

El sol va inundando de naranja la sierra veracruzana. Andrés troza el chalahuite con saña. Saca fuerzas de flaqueza, pero más de frustración. Con el hacha golpea una y otra vez el pálido tronco. No para. Es el coraje lo que mueve su mano. Ver las astillas y la corteza volar lo enerva. Cómo le gustaría abrirse paso con hachazos a través de su miseria. Sigue cortando, tanto y tan fuerte que no se da cuenta que ha cortado de más. Una debilidad súbita lo embarga en el peor de los momentos y no alcanza a esquivar. **Segundos después tiene al tronco entero aplastándole la pierna derecha.**

Cansado de gritar, lo embarga el dolor y la noche. Espasmos intensos y calientes estallan en su pierna y se expanden al resto de su ser. Sudores caudalosos le mojan las sienas: escalofríos. Si no fuera por las estrellas, sería como el tronco que lo aplasta: mudo, ciego, inerte. Sólo su olfato lo ancla a la conciencia. Olor a pasto y a polvo. ¿Y qué es lo otro? Resina quemada y cempasúchil. **Las imágenes de los muertos, espejismos.**

Sólo su olfato lo ancla a la conciencia. Olor a pasto y a polvo. ¿Y qué es lo otro? Resina quemada y cempasúchil. *Las imágenes de los muertos, espejismos.*

Andrés observa a las ánimas fluorescentes avanzando por el llano. Se seca el sudor con su antebrazo terroso y frota sus ojos y las ánimas se agitan, desaparecen y parpadean. Son visiones que la fiebre exagera y que se repiten como olas atrapadas en la bahía y que el mar devuelve, pronto y siempre o nunca. Quiere gritar, pero el cansancio vence a su aliento. Los muertos lo ignoran. Van cargando cruces y calaveras de azúcar. Otros llevan chilposo, pan de muerto y jaranda. “¡Ya no! No quiero, no más”, dice o cree decir, atrapado en una parálisis de sueño o quizá de realidad.

Febril, reconoce a varios, pero a un par más. **Son Miguel y Jova: sus padres.** Llevan en brazos un **ocote en llamas**. Caminan parsimoniosamente: “¡Papá! ¡Mamá Jovita!”, les grita Andrés, pero los espectros no se inmutan. Miguel, con la mirada fija, atrapado en el gesto de su último estertor; Jovita, con su piel agrietada, disminuida por la tuberculosis. Sus rostros son la tristeza petrificada. Avanzan con la macabra muchedumbre y Andrés los sigue con la vista hasta que la caravana se vuelve un haz de luz que se difumina en su desmayo.

Todavía con fiebre, abre los ojos y ve a Juana sentada frente a él. “¡Ya despertó!”, exclama la señora y le acerca un vaso con agua. Sus hijos se le amontonan, contentos de ver que su padre reacciona. Andrés, agotado pero lúcido, reconoce cada ojera, cada jiote. La pierna, increíblemente roja, le punza como llaga, pero no es nada comparado con el suplicio de la víspera. Lo que sí le molesta es el hambre que le tuerce las entrañas, quizá por el fuerte olor a chilposo con quelites y ocote quemado.

— María Magdalena y las muertas —

Por Arturo Martínez Caceres

El ínclito detective T. Perrin se enjuagó la cara, apenas pudo contener el vómito. Antes desató casi religiosamente las ataduras sangrantes de las manos de María Magdalena. Se dio cuenta que la salvó de milagro. **¡Ave María Purísima!**

La ambulancia llegó a tiempo y apenas con mínimo pulso la llevaron con sirena abierta al hospital. De inmediato la canalizaron y estabilizaron con un par de inyecciones de sangre, suero y una dosis de nitroglicerina y onaborulín. Vio que recobró brevemente el sentido, hizo un movimiento tal vez involuntario y movió los labios hinchados.

El cuadro era patético. **Otra abusada. Otra mujer sola.** El aborto fue provocado. La sangre cubrió la vulva, las piernas, las nalgas. Las manos hechas nudos acarician la cara. Dejan una raya roja seca en la frente. ¿Lo intentó? ¿Se persignó?

Era el atardecer cuando recibió la llamada de auxilio. Una vecina oyó y decidió su suerte. Apenas unos minutos después y el intento hubiera sido infructuoso.

Tres días después en recuperación la quiso entrevistar. Pálida, aún confusa y sin entenderlo

todo, no se acordó bien de nada. Todo le dolía, hasta respirar.

Él ya no quiso averiguar nada más. Sabía que le dieron una golpiza, la patearon mientras sin aliento gritaba; **el grito ahogado apenas cimbró la tierra.**

Intentó cruzar México desde Tapachula en busca de la tierra prometida. De niña se columpió en un tabachín cercano a casa y decidió que crecería muy cerca del tronco. La seguridad de sentirse protegida por el calor y el viento la hicieron refugiarse en esa misma sombra. Ahí fue violada al cruzar la frontera. Una línea absurda.

Ahí sintió rabia e impotencia. **Cuando el amor no existe ni a palos se complace nada.**

Toda la vergüenza de sentirse humillada, mientras en su curso universitario de literatura comparada se emocionó con un par de sonetos admirables, lúdicos, provocadores.

Recordó al gran Lope, que su abuelo recitó: "A mis soledades voy, de mis soledades vengo, porque para andar conmigo / me bastan mis pensamientos..." Se le antojó fumar, como ella lo



haría, acariciándolo. Lejana, inalcanzable. ¿Por qué no dejaba de pensarla?

¿Serían acaso los besos? Esos despertares tan lejanos

Se comprometió a vengarla. ¿Qué sádico sin vergüenza la maltrató por placer?

Recordó su cercano pasado. Un sólo balazo en la frente, públicamente cubierta. ¿Habrá sido por el engaño? Pagó con cárcel hasta que lo rescataron y culparon al otro. Cuando menos hay siempre tres en el abismo. Uno se salva a veces y vive destrozado, añorando.

Entre tanta violencia se va uno acostumbrando. Ahora, en el presente confió en su buena suerte. Festejaremos el Día de Muertos como se debe, con harto tequila y mezcal. Al fin la vida aquí no vale nada.

¿Qué tendrán las mujeres que tanta pasión despiertan? Como si acaso uno pudiera parar de acariciarlas.

Así escribió Ruy Sánchez “La boca que dice es sexo que canta”.

Quisiera salvarlas a todas. A todas regalarles flores y cubrirlas de amorosos versos y champaña. Pero sólo a una amaba, a la que en verdad tuvo. Las otras eran ajenas. Afortunadamente lejanas, inasibles. Y sin embargo...

La misma historia de siempre. Va ocurriendo el desamor porque uno se ataruga. Porque muere el compromiso. Porque la vida se esconde y los estribos se pierden.

A veces queremos y ya no nos quieren. Como dijo Aladino, a fuerzas ni las babuchas entran, aunque parezcan ser de nuestro tamaño y medida.

Nos queda la culpa de siempre. Vamos adelante, una vez más. Pero ellas no sienten más como ayer. No es lo mismo. Perdiste. Ella piensa en otro. Y te vas quedando solo. Cada vez más desalentado, abandonado. Hasta que ya irreconocible aún para tu propia madre, eres ya un truhan cínico normal, igual a los otros, a los demás.

T. Perrin se levantó sudando de la enésima pesadilla. Tendría que buscarla, tendría que verla y decirle que aún hay salvación. Tienes que bañarte siete veces en el río Jordán y desear, amar, dejarme tocarte todo el tiempo. Es la renovación, dice La Biblia.

Mientras el olor a cempasúchil lo invade todo y los altares artesanales de papel picado y fotos desgastadas las recordarán para siempre, cada vez son menos los que lloran en los panteones. Cada vez son más los que lloran escondidos. **Alguna vez trataron de ser felices y no las olvidan jamás.**





México y la muerte

Por Dulce González

Sin duda en nuestro país, con su gran diversidad cultural, la muerte es una de las expresiones que más sorprende, una relación íntima entre celebración y tradición que atrae a tantas personas.

Los festejos del Día de Muertos son una expresión artística que ha sido declarada por la UNESCO como **patrimonio cultural inmaterial de la humanidad**, razón que ha llevado a México a la lista de los 10 países más visitados por turistas internacionales, según la Organización Mundial del Turismo. Enfocándonos en el tema de las tradiciones entorno a la muerte, somos una nación única.

Pero para entender esta extraña relación tenemos que analizar su origen y remontarnos hasta el México prehispánico. Los pueblos originarios veían a la muerte como el inicio de una trascendencia más allá de la vida terrenal. Morir en batalla era sin duda el honor más grande y si eras sometido, el derecho a tener una muerte florida era un reconocimiento a tus habilidades como guerrero.

Para estas civilizaciones, la muerte era parte de la comisión de la vida donde los dioses de la vida y la muerte se mantenían unidos logrando un equilibrio en este ciclo. La manera de morir era el indicativo del destino que deparaba al alma, la cual transitaba en lugares determinados.

Existían diferentes paraísos a donde llegaban las almas de acuerdo con la forma de morir:

Los guerreros destacados y las mujeres que morían en el parto llegaban a **Omeyocan**; los niños muertos menores de un año llegaban a **El Chichihuacuauhco**; los que morían ahogados llegaban a **Tlalocan**; a **Mictlán** llegaban todas aquellas personas que fallecían por muerte común o por causa de un accidente, lo que indicaba que no habían sido elegidos de una manera especial por los dioses.



Día de Muertos está lleno de simbolismos. Iluminar el camino con luces, colores, olores y comidas, es la forma en que se guía a los muertos en su recorrido de vuelta del Mictlán, para convivir con ellos una noche al año. El mensaje central en estas conmemoraciones hacia los muertos es la creencia de que sus almas acaban por regresar al mundo de los vivos, es una forma de recordar a quienes se adelantaron y que sus almas encuentren el camino de regreso a casa para convivir con la familia y disfrutar de los alimentos dispuestos en los altares en su honor.

Están siempre presentes en los altares el agua, fuente de la vida; la sal, purificación que sirve para que el cuerpo no se corrompa en su viaje de ida y vuelta; velas y veladoras, la luz, la fe, la esperanza; Copal, que se utiliza para limpiar de malos espíritus; y las flores, símbolo de la festividad por sus colores y estelas aromáticas.

El petate que es cama, mesa o mortaja. para que las ánimas descansen; el **izcuittle**, juguete para las ánimas de los pequeños; el pan, ofrecimiento fraternal. En este último, la Iglesia lo presenta como el "Cuerpo de Cristo; el gollete y las cañas simbolizan los cráneos de los enemigos vencidos

Ya con la llegada de los españoles esta celebración se unió a la celebración católica del 1 y 2 de noviembre donde se celebra el Día de Todos los Santos y el de los Santos Difuntos. En la actualidad, el Día de Muertos en México es el resultado de una mezcla de estas dos culturas, de tradiciones precolombinas y católicas.

Esta fusión ha mantenido vigente esta tradición a diferencia de otras naciones de América Latina, donde fue perdiendo fuerza y comenzó a pensarse que ya pertenecía al pasado, a diferencia de México que no solo lo ha hecho cada vez más popular, sino que lo integró a su identidad nacional.

Como se sabe, la celebración del Día de Muertos es nuestra, es parte de nuestra identidad, de nuestros escritores, poetas, cantantes, pintores.

Esta extraña relación con la muerte ha dado grandes expresiones artísticas He aquí sólo algunos ejemplos:

Literatura:

Pedro Páramo (1955), novela corta de Juan Rulfo.
La Muerte de Artemio Cruz (1962), novela de Carlos Fuentes.

2666 (2004), novela póstuma de Roberto Bolaño.
¡Diles que no me maten! (1951), cuento de Juan Rulfo.

Algo sobre la muerte del mayor (1986), poema de Jaime Sabines.

El Laberinto de la Soledad (1950), ensayo de Octavio Paz.

El luto humano (1943), novela de José Revueltas.

Música:

Caifanes – “Mátenme porque me muero”.

José Alfredo Jiménez – “El Jinete”.

Café Tacvba – “La muerte chiquita”.

Víctimas del Dr. Cerebro – “Cadáver de amor”.

El Haragán y Cía. – “Morir de Noche”.

Juan Gabriel – “Amor Eterno”.

Vicente Fernández – “La Muerte”.

El Tri – “Hasta que el cuerpo aguante”.

Pintores:

Diego Rivera

Frida Khalo

Leonora Carrington

José María Velasco

Dr. Atl

Aurora Reyes

Fermín Revuelta

Rufino Tamayo



Premoniciones

Por Luis Farías Mackey

Francisco murió, como nunca quiso morir. ¡Como nadie debe morir!

Nunca creyó en la medicina alópata ni en los doctores, siempre temió lo tuvieran drogado con medicamentos o, peor aún, inconsciente y conectado a aparatos. Tampoco creyó en el COVID-19 y, como nunca recuperó la conciencia, se fue convencido y derrotado.

Aquel sábado llegó de ver a un ayurveda de su confianza porque, dijo, no se sentía bien y al nadar en el gimnasio “no jalaba suficiente aire”, pero nos comentó que el médico lo había encontrado bien y recetado dieta, minerales y tés. Ese día me contagié de COVID.

Gracias a eso supimos que él lo tenía, pero fue demasiado tarde. Los días críticos se automedicó jugos, minerales, tés, meditaciones y mantras. Cuando lo encontraron mis hermanas —yo ya estaba confinado— su estado era muy grave.

Entró de emergencia al hospital prácticamente inconsciente, **jamás lo volvimos a ver**, nadie lo despidió ni acompañó en su postrer adiós. Tampoco estamos ciertos si le hicieron todo los tratamientos y cuidados que nos dijeron, pero no tenemos elementos para dudarlo. Ni forma de saberlo. El tratamiento, por lo contagioso del virus, es en **la más solitaria de las soledades**.

En el trance, un médico se apareció con más emergencia que Francisco y nos vendió una “**medida heroica**”. Su insistencia, inasible explicación y “heroísmo profesional” disparó nuestras alarmas y tras negarnos a la heroicidad con la vida de Francisco, desapareció tan como llegó: de emergencia.

Fueron tres semanas en coma inducido conectado a **maquinas que engañaban a la vida y a la muerte**.

Su circunstancia me recordó al poeta y exsecretario de Educación Pública —¡Ah, qué tiempos aquellos en la cultura en México!—, **Jaime Torres Bodet**, quien tras diez años de un terrible cáncer se quitó la vida dejando una nota que rezaba: “He llegado a un instante en que no puedo a fuerza de enfermedades, seguir **fingiendo que vivo**; a esperar, día a día, la muerte”.

A Francisco, hasta **fingir la vida o renunciar a ella por propia voluntad** se le negó. Sólo soledad de su lado; sólo incertidumbre y angustia del otro. Entre ambos extremos máquinas y hospitales cobrando.

Cuando finalmente los hermanos determinamos sacarlo del hospital para llevarlo a bien morir a la casa paterna, el hospital nos avisó que Francisco **fallecía**.

Lo demás fue un sordo e impersonal trámite burocrático. La Tercera Ola nos impidió verlo muerto y velarlo.

Su historia se repite por cientos de miles de casos, muchos aún más dolorosos y miserables.

Pero la muerte de Francisco Javier me cayó como lápida cuando en la casa de mi hermana **vi su foto en el altar de muertos**, junto con las de nuestros padres y abuelos. El golpe de estar donde no debiera estar, aunque todos estaremos tarde que temprano allí, me socavó la entereza.

La memoria es el anti-tiempo y —por qué no— la **anti-tumba**, porque nos trae a tiempo presente a nuestros seres queridos fallecidos; los salva del olvido propio del trajín nuestro de cada día. Pero es una **memoria cruel y despiadada** porque al hacerlos presentes nos hace por igual patente su ausencia y, peor aún, su partida.

Cuando al recuerdo se le llama llega bajo aviso y espera; pero cuando la memoria asalta cual ladrón en el camino —en las sombras y alevosamente—, **espanta, duele y remuerde nuestro olvido**.

La *mnemotécnica*, asociación mental para el fácil recuerdo de algo, se impronta a fuego: “Para que algo permanezca en la memoria se lo graba a fuego; sólo lo que no cesa de doler permanece en la memoria”, cita Nietzsche como primer axioma de la psicología más antigua.

Francisco murió solo, inconsciente por medicamentos y sometido a unos aparatos que **a ciencia cierta no sé si lo hacían vivir o no lo dejaban morir**.

Murió como nunca quiso morir.

Ello nos pesa a los hermanos más como su partida.

Quizás, en sus meditaciones y un poco de locuacidad —propia de la familia— él siempre presintió que así sería su muerte y por ello evitaba cualquier medicamento y médico que quisiera atemperar su permanente vigilia. Pero no fue la medicina sino el virus —en el que nunca creyó— quien lo atrapó indefenso en la peor de sus premoniciones. Y nosotros, los hermanos, queriéndolo salvar, tal vez, lo condenamos a su despavorida aprensión.

¡Qué Dios nos perdone!

El día de muertos me lo recuerda con su risa atronadora, su mal genio, su fuerza indómita, su orden obsesivo, su entrega a otros, su inocencia amurallada, su religiosidad a prueba de religiones, sus cuidados incansables a papá y mamá.

¡Descansa en paz Francisco!

Acá guardamos del olvido tu memoria y ausencia.

Publicado en **LFMOpinión.com**



IMPERIUM

MEDIA GROUP